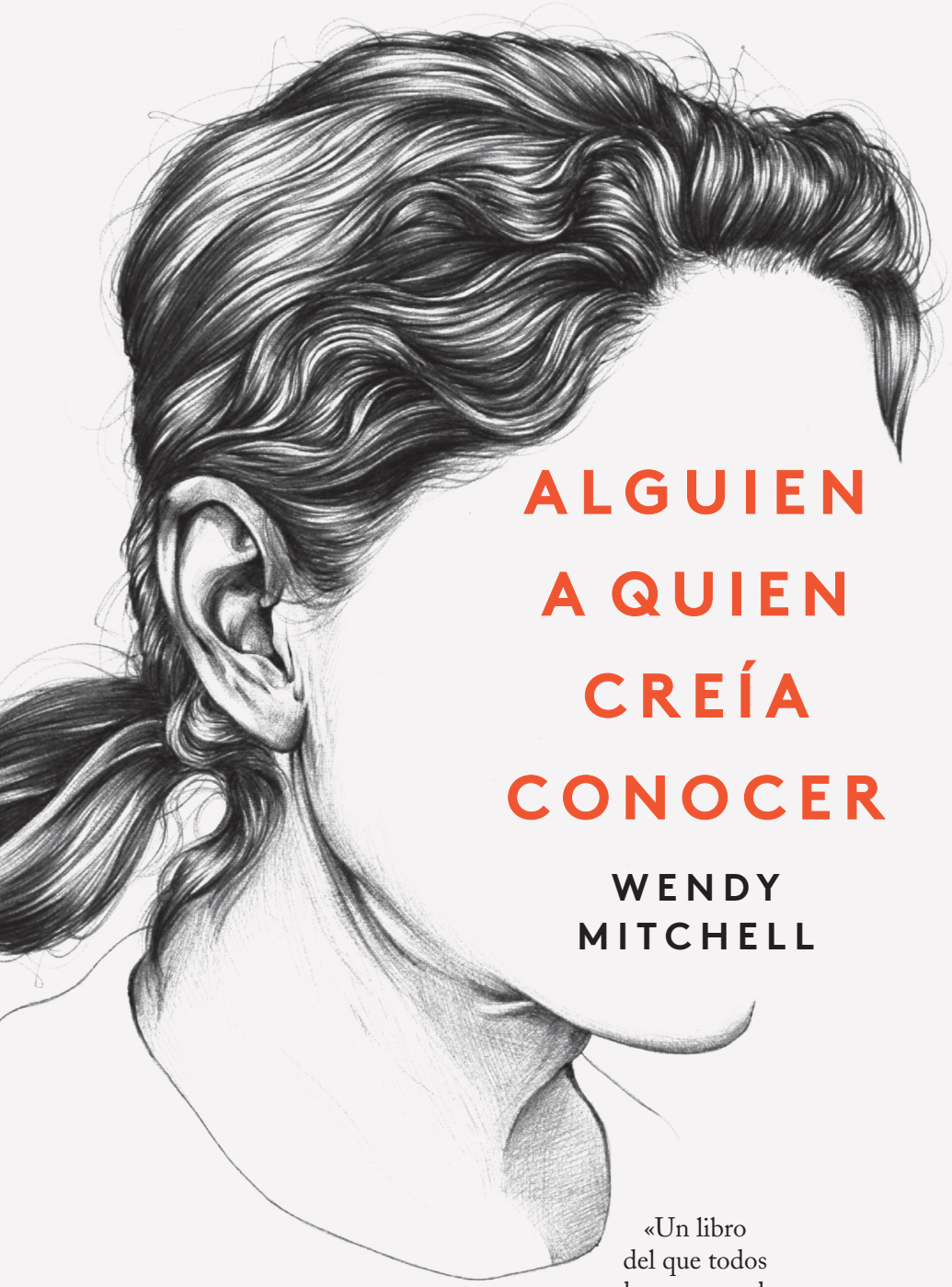
BEST SELLER *en el* REINO UNIDO



ALGUIEN A QUIEN CREÍA CONOCER

WENDY MITCHELL

«Un libro del que todos podemos aprender.»

THE SUNDAY TIMES

Ariel

Wendy Mitchell
con Anna Wharton

Alguien a quien creía conocer

Traducción de Gemma Deza Guil

Ariel

Título original: *Somebody I Used to Know*

Primera edición: octubre de 2018

© 2018, Wendy Mitchell y Anna Wharton
© 2018, Gemma Deza Guil, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2018: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2900-0
Depósito legal: B. 18.704-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El otro día volvió a ocurrir. Pero fue distinto a todo lo anterior. Mucho mucho peor. No fue una palabra en la punta de la lengua, un adjetivo ausente o un verbo perdido… No fue levantarme del sofá para dirigirme a la cocina con las pantuflas puestas y olvidarme la taza de té que acababa de prepararme. Ni correr escaleras arriba y al llegar al último escalón no conseguir acordarme de qué iba a buscar.

Fue algo completamente distinto.

Un vacío absoluto.

Un

gran

agujero

negro.

Y lo peor fue que, justo cuando más te necesitaba, no estabas.

Corro por el sendero que bordea el río con la sensación de que algo se me escapa. Hace ya varias semanas que lo noto. Si soy sincera, varios meses. No sé muy bien cómo describirlo. Quizá precisamente por eso no he ido todavía al médico ni se lo he comentado a nadie, ni siquiera a mis hijas. ¿Cómo se supone que se describen estas cosas? Noto la cabeza menos clara y la vida, un poco menos definida. Pero ¿de qué sirve una descripción tan genérica como esta? Prefiero no hacerle perder el tiempo al médico y, sin embargo, sé que

me pasa algo. Algo me dice que estoy funcionando alrededor de la media, y por más que sepa que lo que yo considero la media está por encima del promedio de la mayoría de las personas, no me reconozco.

Precisamente esa falta de claridad ha sido lo que me ha impulsado a levantarme del sofá esta tarde, lo que me ha hecho calzarme las zapatillas deportivas y agarrar las llaves de casa en una mano y el iPod en la otra. No tenía claro de dónde iba a sacar la energía para correr, pero sabía que la encontraría: he superado esa barrera inicial, como tantas otras veces, y sé que cuando abra de nuevo la puerta de mi apartamento junto al río será con un subidón de adrenalina en las venas, sintiéndome revitalizada. Correr siempre me ha servido para eso.

Me miro los pies, que avanzan uno tras otro, como siempre, a su ritmo, ese ritmo marcado por los suaves impactos de las zapatillas en el asfalto, paso tras paso. Luego alzo la vista y observo el camino, a la espera de que el mundo se enfoque como ha hecho siempre. «Quinientos metros», anuncia una voz robótica a través de los auriculares. Llevo el iPod sincronizado con las zapatillas deportivas, una motivación para seguir corriendo, pero ahora mismo se me antoja más bien un marcador de fracaso. Yo he corrido mucho más que esto. El año pasado me enfrenté al reto de los Tres Picos y aún soy capaz de invocar la sensación que experimenté cuando coroné el primero de ellos, el Penyghent, a más de seiscientos metros por encima del nivel del mar: creí haber conquistado el mundo. La misma adrenalina que ahora anhelo sentir desesperadamente bombeó la sangre por mi cuerpo y me espoleó a culminar otras dos cumbres aquel mismo día. No olvidaré jamás la impresión del viento soplándome con fuerza en las orejas cuando estaba en la cima.

Entonces la vida no estaba difuminada por los bordes, era perfectamente nítida.

Hace un frío penetrante y las mallas me abrazan los muslos y mantienen mi calor corporal atrapado en su interior. Aparte del sonido de las suelas de caucho de mis zapatillas al impactar en el camino, el único ruido que se oye es el susurro de los remos que rompen la quietud del río mientras los remeros entrenan entre puentes. Descenderé por un lado del río, atravesaré el puente del Milenio y regresaré ascendiendo por el otro, una ruta que he recorrido multitud de veces antes. Pero, de repente, todo cambia. Sin advertencia previa, me caigo. Ni siquiera me da tiempo a echar las manos hacia delante para frenar el golpe. Lo primero que impacta contra el suelo es mi cara; siento un dolor intenso en la nariz y los pómulos, y oigo un crujido. Algo caliente y pegajoso empieza a manar. Transcurren un par de segundos antes de que se produzca una calma absoluta. Recupero el aliento, me llevo la mano al rostro y descubro que está cubierto de sangre. Entonces es cuando no solo siento el dolor físico, sino también una punzada de humillación al mirarme las piernas hechas una maraña, y por una milésima de segundo no las reconozco ni sé lo que me han hecho. O, mejor dicho, lo que han permitido que ocurriera. Me he roto la nariz, estoy segura. Tambaleándome, me pongo en pie mientras la sangre me empapa la camiseta y penetra hasta en el último hilo del tejido. Incapaz de detener la mancha que se extiende por mi pecho, regreso a casa dando traspiés.

La consulta de mi médico está a la vuelta de la esquina, de manera que decido ir caminando hasta allí a que me examine la enfermera. La conmoción se va instalando en mis huesos y, para cuando me encuentro delante de ella, me tiemblan las manos. También me tiemblan las rodillas, aunque espero que no se dé cuenta.

Me envía a urgencias y, de camino, intento desentrañar qué ha pasado y si ha tenido algo que ver con esa extraña sensación que no atinaba a describir cuando he salido de casa. ¿Habrá sido eso? ¿Habré presentido que iba a caerme? Pero tengo la impresión de que es algo más importante. Espero en urgencias, con la sangre ya reseca y marrón en la camiseta, y un pañuelo con motas de color escarlata apretujado en la mano, mientras me digo que es un accidente aislado. Finalmente me llaman para que me vea la enfermera que me remendará.

—Bueno, no hay nada roto —me dice—. Ha tenido suerte. ¿Qué ha pasado?

—No estoy segura —contesto—. Estaba corriendo y...

—¡Ay, los peligros de correr! —exclama entre risas—. ¡Los conozco bien!

Compartimos la broma poniendo los ojos en blanco, pero vuelvo a presentir que hay algo más. Planeo mentalmente desandar el camino que he hecho corriendo en busca de la losa suelta que me ha dejado con dos ojos amoratados, aunque, por suerte, sin ningún hueso roto. Doy las gracias por estar de vacaciones y no tener que ir al despacho mañana con un estampado negro y morado en toda la cara.

Una hora después me hallo de pie en el lugar donde me he caído. Es fácil de reconocer por la mancha de sangre que ha quedado en el punto en el que mi rostro ha impactado contra el pavimento. Busco alrededor, pero no hay ningún bache, ninguna baldosa suelta, nada con lo que tropezar. Entonces ¿qué ha pasado? La niebla en mi cabeza me impide descifrarlo: no hay nada, ninguna pista y, sin embargo, nunca antes me había sucedido nada parecido. Regreso a casa y me recuesto en los cojines del sofá, magullada y amoratada, en el mismo sitio donde me hallaba antes, y contemplo a través de la ventana el río Ouse mientras el cielo

se oscurece y el misterio se intensifica bajo su manto. Estoy cansada, más cansada que antes. Me duele la cara al cerrar los ojos, pero esta vez dejo que el letargo me cubra como una manta y, por primera vez, no intento combatirlo.

Pocos días después acudo a ver a mi médico de cabecera, más arrastrada por el cansancio que por ninguna otra cosa. Falta de energía: así es como empezó.

Me siento delante de él.

—Me noto... me noto más lenta de lo normal —le digo.

Me examina con detenimiento durante un par de segundos.

He barajado algunas ideas absurdas. Se me pasó brevemente por la cabeza que podía tener un tumor cerebral. Observo el rostro del médico para ver si está pensando lo mismo, pero no me revela ninguna pista. En lugar de ello relaja los hombros e intenta poner una expresión de algo parecido a la empatía.

—Estás en buena forma, haces ejercicio, te alimentas bien, no fumas y, con cincuenta y seis años, eres relativamente joven —me dice—. Sencillamente llega un momento en el que todos debemos aceptar que nos volvemos más lentos. Eso es todo. —Se recuesta en la butaca y cruza los brazos, a la espera de que asimile sus palabras—. Trabajas mucho, Wendy —comenta con un suspiro—. Tal vez deberías tomarte unas vacaciones.

Me gustaría explicarle que ya lo he hecho, que precisamente en este momento estoy de vacaciones y que a alguien como yo la idea de alargarlas le suena ridícula. En el trabajo, soy yo quien conoce de pe a pa el sistema para distribuir los turnos del personal de enfermería. Soy la persona a quienes sus colegas apodan la Gurú porque tengo una memoria de elefante, porque soy capaz de resolver problemas

en un abrir y cerrar de ojos, y porque recuerdo con exactitud quién está cubriendo los turnos nocturnos y quién necesita un día libre. No se las apañarían sin mí. Pero veo que el médico está ordenando los papeles que hay sobre su escritorio e intuyo que la visita ha concluido.

—Cosas de la edad —dice encogiendo los hombros cuando levanta la mirada y me encuentra observándolo.

Salgo de la consulta. Sé que debería sentirme aliviada. Al parecer, a mi médico no le parece que haya nada preocupante. Normalmente me distraería con algo del trabajo, zambulléndome en unos quehaceres que adoro, pero hoy regreso a mi piso vacío. No les cuento lo de la caída a mis hijas Gemma y Sarah. Me digo que el médico tiene razón, que son cosas de la edad, pero los meses siguen pasando y la ventisca que parece haberse instalado en mi mente continúa, junto con la falta de energía y esa sensación que no atino a definir. Se añade algo más: me he vuelto olvidadiza. Siempre que salgo a correr acabo en el mismo punto, el lugar donde me caí, y todas las veces compruebo el pavimento en busca de algún indicio que me explique el porqué, pero en el fondo sé que fui yo.

Y entonces vuelve a ocurrir. Salgo a correr y cruzo una carretera, convencida de que puedo adelantar al coche que está a punto de doblar a la izquierda y cortarme el paso. Lo veo acercarse y decido esquivarlo, pero algo se pierde, algún mensaje de mi cerebro a mis piernas no se transmite a la velocidad suficiente y, en lugar de sortearlo, tropiezo y caigo de bruces otra vez en la acera, aunque, por suerte, en esta ocasión lo único que sale magullado es mi ego.

Se producen otras tres caídas similares en rápida sucesión. La última vez aterricé sobre la mano y me hice mucho daño, y esta tarde, cuando me calzo las deportivas, algo me dice que será la última vez que lo haré. Mi cerebro y mis piernas no se hablan, se ha perdido la comunicación. Re-

greso al médico y una enfermera me saca sangre de las venas y la envía en viales a que la analicen.

—Está todo correcto —me anuncia el médico cuando regreso a por los resultados, y vuelve a mencionar mi edad.

Sentada frente a él, no tengo claro cómo explicarle que todo se está ralentizando, que en los días malos me cuesta recordar los nombres, los rostros y los lugares que conozco. Quizá tenga razón y sea solo cosa de la edad, pero vuelvo a dejar la consulta con esa sensación latente que no soy capaz de describir, la sensación de que el médico está pasando algo por alto y, sin embargo, no logro dar forma a mis pensamientos como para darle una pista de lo que me pasa.

Recuerdo el ritmo frenético, la velocidad con la que abordabas las cosas. Te admiraba en secreto por ello, aunque nunca te lo habría confesado. Conducías a donde hiciera falta, te recorrías el país por trabajo de punta a punta. En las vacaciones caminabas kilómetros y más kilómetros por las colinas del Distrito de los Lagos, hasta el corazón de la nada, sin temor a perderte, porque, si lo hacías, estabas segura de que sabrías encontrar el camino de vuelta: divisarías algún punto de referencia en la lejanía, una imagen familiar, o dejarías que te guiara el instinto. Yo no sería capaz de hacerlo. Ahora no.

Tú y yo ahora no nos llevaríamos bien. Ha pasado demasiado tiempo. Somos dos amigas que han perdido el contacto y ahora viven vidas paralelas. Nos gustan cosas distintas. A ti te gusta el ajetreo y el bullicio de la ciudad, mientras que algunos días yo me limito a contemplar el paisaje por una ventana. Solo eso. Miro. Quieta. Y en silencio. Tú, en cambio, siempre andabas trajinando con algo, siempre tenías algo que hacer. Siempre fuiste muy inquieta. En el lugar donde vivo ahora disfruto de una bonita vista. Es un pueblecito a escasa distancia de Beverley, en East Yorkshire. De hecho, tal vez lo recuerdes: es donde

vivía Gemma. Tú también te enamoraste del lugar la primera vez que vinimos a visitarlo, señalabas las pintorescas casitas de ladrillo rojo que bordean la calle. Te encantó el ambiente cordial, el hecho de que todo el mundo con quien te cruzabas te saludara, tanto si te conocía como si no. Recuerdo algunas cosas, como cuando Gemma te enseñó la casa como si fuera una visita guiada, habitación por habitación, escaleras arriba y abajo. Y tú la seguiste, emocionada. Solo ella habría reconocido esa chispa en tus ojos, esas ganas de arremangarte y ponerte manos a la obra, de abrir latas de pintura y empezar a decorar sin esperar ni un momento más. Nada te amedrentaba.

Estoy sentada en la sala de espera de otro hospital, con un pijama y una muda en una bolsa para pasar la noche. Los he traído por mera precaución, o al menos eso ha sido lo que le he dicho a mi hija mayor, Sarah, porque no quiero preocuparla. Fue idea del médico llamar a una de mis hijas cuando me entregó el volante y me dijo que me dirigiera sin demora al servicio de urgencias. Cuando telefoneé a Sarah, le prometí que no había motivo para el pánico, que solo necesitaban hacerme un chequeo y que no sería nada, aunque no estoy segura de a quién de las dos intentaba convencer. La sensación de tener la cabeza llena de algodón hace ya meses que se prolonga, desde la última caída, y este fin de semana ha sido mucho mucho peor. No me explico cómo podía estar tan cansada. El tenedor se me resbaló de la mano e impactó en el plato de la cena con un repiqueteo. El lunes, en el trabajo, mi colega se dio cuenta de que me costaba vocalizar y me envió a casa. Estaba claro que el problema no era que intentara abarcar demasiado, sino algo mucho más grave. Y ahora estoy aquí, sentada al lado de Sarah en los duros bancos de plástico del hospital, contemplando la escena que se desarrolla ante nuestros ojos.

Sarah está en plena formación como enfermera y con su ojo clínico recién adquirido repasa a cada paciente. Las dos observamos los otros cuerpos que hay en la sala: cabestrillos improvisados, paños de cocina empapados en sangre tras haber sido agarrados a toda prisa, niños pequeños impacientes por que les llegue el turno y madres esforzándose cuanto pueden por disimular su preocupación... El volante médico que tengo en la mano me resulta húmedo al tacto. Cuando se lo he enseñado a la enfermera que me atendió al llegar, me ha sorprendido que haya reconocido mi nombre como paciente y que el médico ya la hubiera telefoneado para indicarle que acudiría. Por más que trabaje en hospitales y sepa cómo funcionan, no esperaba que me sucediera a mí.

Van a ingresarme en observación. No saben a qué se debe que me cueste vocalizar o, si lo saben, al menos no me lo han dicho. Me vuelven a enviar a la sala de espera hasta que me asignen una cama, y es entonces cuando convenzo a Sarah de que no hace falta que espere conmigo.

—Pueden tardar horas —le digo—. No tiene sentido que estemos aquí las dos sentadas.

Percibo la duda en sus ojos, pero al final agarra su abrigo y su bolso, tras arrancarme la promesa de que la telefonearé en cuanto tenga novedades.

Ha sido buena idea que se fuera porque han tardado horas en asignarme una cama. Cuando me conducen hacia la habitación, al otro lado de la ventana está ya oscuro. Me tumbo sobre las sábanas, todavía vestida con la ropa del trabajo que me he puesto por la mañana. A mi alrededor, las enfermeras revolotean de un lado para otro, sin demasiado tiempo, entre camas y pacientes. El tiempo de sus turnos pasa volando, mientras que el mío se arrastra dolorosamente. Puede sonar irónico, pero detesto los hospitales. Sé que soy una paciente nefasta. Hay una lista electrónica de turnos

en la pantalla que consigo divisar desde mi cama, y las enfermeras que zumban a mi alrededor desconocen que soy consciente de que van muy cortas de personal, sé quién tiene los pies cansados por el turno de día y quién acaba de llegar para cubrir la noche. Lo único que puedo hacer entre prueba y prueba es mirar esa pantalla hasta que otra enfermera acuda a examinarme más a fondo.

—¿Cuánto hace que le cuesta hablar? —me pregunta.

—Pues no me he dado cuenta hasta esta mañana —le respondo.

Se saca un bolígrafo del bolsillo.

—¿Puede tirar de mí? —me pregunta agarrándome el brazo izquierdo, que es el que tengo más débil.

Noto en sus ojos que mi brazo se niega a obedecer esa simple orden.

—De acuerdo, ahora empújeme —dice.

Otra vez lo mismo: garabatea algo en mi historial y se va. Esta noche he tenido suerte. Me han puesto en una habitación contigua, desde la que no hay nada que observar salvo los distintos tonos de azul del uniforme de las enfermeras que trajinan entre las camas que hay en el pasillo. Me enfundo el pijama, pero no duermo porque los extraños ruiditos de las máquinas a las que estoy conectada crean una banda sonora a la cual no estoy acostumbrada. Cada vez que se me relaja el cuerpo y se hunde un poco más en el firme colchón, suena una alarma porque me desciende la frecuencia cardíaca, entra una enfermera a toda prisa y comprueba la pantalla. Pero no me asusto: tengo una frecuencia cardíaca baja en reposo. Estoy sana y en buena forma. ¿No es cierto?

Eras de esa clase de personas a las que no se les olvida nada. Podían pasar meses, años incluso, y recordabas el nombre de alguien a quien habías conocido en una sola ocasión. A tus colegas del

trabajo les asombraba que te acordases de todo, ya fuera un caso de estudio, un historial, una reunión... Siempre tenías la respuesta, y eso que la tecnología nunca fue tu fuerte. Eras buena en tu profesión: jefa de un equipo administrativo en la Seguridad Social. Lo dabas todo, eras adicta al trabajo. Gestionabas los turnos de centenares de enfermeras y enfermeros, y almacenabas toda la información en tu cabeza. En tu mente, todo estaba disponible al instante, y nunca te armaste un lío con los datos.

Todo eso ahora parece irónico.

Tu vida en casa era tan frenética como la de cualquier madre sin pareja con dos hijas. Hacías malabares con todas las pelotas en el aire: un empleo, una casa, dos hijas en la escuela y nadie que te echara una mano. Es casi un milagro que ninguna de esas pelotas cayera antes. Tuviste que reformar todas las casas que compraste, pero te gustaban los desafíos. Nunca te dejabas llevar por el pánico. En cuestión de semanas habías arrancado el papel, pintado las paredes y podado las zarzas del jardín hasta dejar a la vista la hierba oculta hacía mucho tiempo. Plantabas arbustos, sembrabas semillas... Dondequiera que te mudabas dejabas sin querer entre tus vecinos una larga lista de maridos calzonazos a quienes sus mujeres regañaban por no hacer sus proyectos de bricolaje con la misma celeridad con la que tú acababas los tuyos. Era duro, pero siempre te las apañabas: ese era tu lema. Te gustaban los desafíos, sobre todo si demostraban a otras personas que se equivocaban al creer que no serías capaz de lidiar con todo.

Quizá eso sea algo que aún tenemos en común, y el hecho de que todavía nos parezcamos en algo me infunde cierto consuelo.

Los siguientes días me someten a todo tipo de pruebas y escáneres. Me llevan en silla de ruedas por pasillos conocidos, en los que he trabajado en el pasado; pasillos por los que recuerdo haber caminado con paso decidido junto a

colegas, y cierro los ojos y rezo por no tropezar con ningún rostro familiar. En distintas consultas me extraen sangre de venas y arterias, y observo a los médicos analizar los resultados arrugando la nariz y entrecerrando los ojos, como si el pequeño vial que tienen delante pudiera contener la respuesta. Médicos y enfermeros intercambian el término «derrame cerebral», pero no hay nada confirmado, de manera que todas las veces me devuelven a una cama de la sala de apoplejías y me dejan junto a pacientes que yacen tumbados, incapaces de moverse o hablar siquiera, acompañados solo por un techo blanco. Observo cómo la mujer de la cama de enfrente intenta usar su brazo más fuerte para agarrar una bebida, cómo intenta coger el vaso de agua con mano temblorosa. Echo un vistazo a mi alrededor, pero todas las enfermeras están ocupadas con otros pacientes, de manera que me levanto de la cama y le doy el vaso, y por un instante me siento menos impotente de lo que me he sentido desde hace días, aunque al mismo tiempo me invade una sensación sobrecogedora de que no es aquí donde debería estar, de que mi lugar está al otro lado de la carpeta con sujetapapeles.

Quiero irme ya, quiero marcharme a casa, ponerme la ropa del trabajo y regresar a la oficina, no quedarme aquí atrapada como una paciente más a la merced de unos especialistas demasiado ocupados para concederme más de cinco minutos de su tiempo. La vida que conocemos no se asemeja en nada a lo que se vive aquí; el futuro que habíamos proyectado no se concreta mientras esperamos a una enfermera, un médico, una prueba o una radiografía. Aquí una tiene mucho tiempo para pensar, para comparar y contrastar. En el trabajo te pasas la vida con la mirada puesta en el fin de semana, esperando cada lunes a que llegue el viernes, pero aquí no hay nada que hacer, salvo observar, esperar, pensar y preocuparse, y desear revivir todas esas semanas

que pasaron como una bala, todas esas semanas llenas de buena forma y de un largo futuro prometedor.

Observo a las enfermeras darle la vuelta a la mujer de la cama de enfrente y me pregunto si habrá aceptado su situación tan fácilmente como parece o si se limita a consentirlo, a la espera de que le reintegren una vida que conoce mejor y de la cual no sabe que ya se ha despedido. Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que llegue la hora de las visitas, cuando se retoman las conversaciones normales, cuando escuchas lo que sucede en el mundo exterior, donde la rutina es sinónimo de independencia y de una vida plena, aunque quienes nos visiten no lo aprecien, tal como hicimos nosotros en otro tiempo. Veo a hijas mirar fijamente a sus madres o padres tumbados en una cama, la sombra de quienes los mecieron en sus brazos y les enjugaron las lágrimas cuando lloraban, y temo el día en que mis hijas me miren así. Más tarde aparece un médico en prácticas y repasa mi historial; me mira y me pregunta cómo me encuentro. Liberado del régimen estricto impuesto a los médicos más experimentados, tiene tiempo para charlar, para explicarme los resultados de las pruebas, para especular sobre por qué nadie ha podido confirmar aún ningún diagnóstico y, cuando se aleja de mi cama, empiezo a sentirme más humana otra vez.

Hoy, como último recurso, me envían a hacerme un electrocardiograma.

—¿Le importa que sea un estudiante quien realice el procedimiento? —me preguntan—. Bajo la supervisión directa de un especialista, por descontado.

No me importa y me alegro de haber accedido porque, mientras desplaza el escáner por mi pecho, va susurrándole lo que detecta a su superior.

—Soplo en el corazón. Es bastante común. Podría haber sido la causa del derrame —dice el médico.

Parecen contentarse con haber encontrado alguna explicación. Se plantean darme el alta, y regreso a la camilla con un soplo en el corazón, pero feliz de saber que volveré a casa.

Algo después, esa misma tarde, me visita un fisioterapeuta en la habitación. Quieren asegurarse de que me las apañaré en casa con un brazo izquierdo tan lento y negado a recibir las señales de mi cerebro. Me conducen a una cocina ficticia que hay en el centro y tengo que esforzarme por no poner cara de suplicio al pensar en prepararme una taza de té. A continuación el fisio me acompaña escaleras arriba y abajo mientras me encojo por dentro, y luego me dicen que estoy lista para que me den el alta.

—Lamento que aún no tengamos un diagnóstico claro sobre la causa del derrame —me dice el médico que me entrega el informe del alta—. Le hemos concertado una cita ambulatoria con un neurólogo para ver si conseguimos averiguarlo.

En cambio a mí no me importa que las cosas no encajen, y los problemas de memoria que había mencionado parecen haber desaparecido bajo un montón de papeleo. Lo único que quiero es irme, reincorporarme a mi vida normal y recuperar la certidumbre de que todo está bien.

No estoy acostumbrada a estar de baja y lo único que se me ocurre para lidiar con ello es ponerme creativa con mi recuperación. La lluvia en el exterior me lleva a hacer mis propios ejercicios para fortalecer el brazo débil, de manera que agarro un paraguas y practico abriéndolo y cerrándolo varias veces al día. Al principio, la corredera asciende muy despacio por la varilla, pero a medida que transcurren los días,

va subiendo más y más, hasta que por fin hace clic, encaja en la pestaña, y allí estoy yo, sola en el salón de mi casa, bajo un paraguas abierto, preguntándome si estaré ya lo bastante bien para regresar a la oficina.

Los dos meses siguientes en casa transcurren lentamente. A diario me pregunto cuántos programas más de televisión diurna puedo ver sin exponerme a sufrir otro derrame cerebral. El paquete de notas adhesivas que tengo junto a la cama sigue intacto, como un recordatorio de mi cerebro hipoactivo. Cuando iba a la oficina solía desvelarme en medio de la noche, apuntaba en una nota lo que debía recordar y la dejaba caer en la alfombra antes de volverme a dormir, segura de que, a la mañana siguiente, cuando sacara las piernas de la cama, notaría el papel bajo los pies, despegaría la nota y recordaría al instante lo que tenía que hacer al llegar al trabajo. Pero ahora, cuando me despierto y miro al lado de la cama, lo único que veo es la lisura de la alfombra verde claro. Antes solía maldecir la cantidad de notas adhesivas que hallaba esparcidas en el suelo, símbolo de la ajetreada jornada que me aguardaba, y en cambio en este momento anhelo encontrar una única mancha de color amarillo que me diga que aún tengo un objetivo.

Sé que el trajín de la vida sigue su curso; lo que sucede es que ya no formo parte de él. Echo de menos la camaradería de equipo que solía llenar mis días. Echo de menos la agitación y trabajar con fechas límite. Antes me preguntaba cómo sería estar jubilada, hacer todas esas cosas para las que nunca tenía tiempo y ahora, en cambio, me faltan la energía o las ganas para hacerlas. Pero también he notado otra cosa: a medida que la fecha de reincorporación al trabajo se acerca, empiezo a dudar de mí como nunca lo había hecho. ¿Qué pasará si ya no sé lo que tengo que hacer? Es un pen-

samiento que me viene a la cabeza varias veces al día y pestañeo para ahuyentarlo, como si intentara desterrarlo. Transcurren los días y regresa otra vez, y todos los días se le suman otras dudas, como si crecieran por la noche en mi subconsciente. ¿Y si han cambiado demasiadas cosas? ¿Y si no recuerdo el sistema de trabajo? ¿Y si paso a ser yo la que va rezagada y ralentiza a los demás? Vuelvo a visitar al médico de cabecera y le explico mis temores. Me tranquiliza diciéndome que es completamente normal que los tenga.

—Tómate un par de semanas más de baja para asegurarte de que estás preparada —me propone, y me sorprende la facilidad con la que el certificado de baja por enfermedad llega a mi mano.